

**EL LIBERALISMO ECONÓMICO:
UNA FICCIÓN HISTÓRICA
(UNA RESPUESTA A LA CONCEPCIÓN
ESTADÍSTICA DE ACCIÓN DEMOCRÁTICA)***

Ramón Rivas

Universidad de Los Andes
Facultad de Humanidades

Resumen.- En el liderazgo estatista de Acción Democrática ha combatido las políticas económicas propiciadas por el presidente constitucional Carlos Andrés Pérez en el período 1989-1993. Para este liderazgo la naturaleza del programa económico impulsado en ese lapso histórico, es de carácter neoliberal y no se corresponde con los principios socialdemócratas que definen la naturaleza programática e ideológica de Acción Democrática. Este liderazgo estatista viene argumentando que las propuestas económicas de carácter neoliberal tienen sus raíces y sus antecedentes en el viejo liberalismo europeo decimonónico. En consecuencia, no ha habido un cambio radical e innovador en tales propuestas. Por tanto, el propósito de este trabajo es el de examinar con espíritu crítico y racional la supuesta naturaleza histórica del liberalismo tal como ha sido concebido por los políticos e ideólogos enemigos del mercado, no tiene una existencia real. Es decir, es una ficción, una fantasía de quienes combatieron a muerte el capitalismo. Pensamos que el fenómeno liberal hoy sí tiene importancia en el ámbito planetario: está motorizando las fuerzas económicas en el marco de la globalización.

En el liderazgo tradicional de A. D. se ha generado un rechazo al fenómeno liberal. Resulta difícil eliminar ese fantasma de sus mentes. En el fondo, encubre una incapacidad

* Este trabajo es parte de la Tesis de Maestría: "Carlos Andrés Pérez y la controversia ideológica en Acción Democrática en el período 1989-1993. Mérida, 1997. Pp. 21-37.

intelectual para percibir la nueva realidad determinada por el mercado¹.

A raíz de la política económica implantada por el Presidente Constitucional de Venezuela, Carlos Andrés Pérez, se originó un extraño comportamiento en ese tradicional liderazgo contra toda política que esté conectada a una economía de mercado. Desde luego, allí no hay reflexión teórica; todo lo contrario, pragmatismo político.

En todo caso, tal liderazgo tradicional aprobó en el Congreso Nacional el programa de gobierno y el plan de ajuste para reorientar la economía nacional hacia nuevas perspectivas. Por lo demás, apoyaron un conjunto de medidas que expresaron y legitimaron una economía de competencia. (ver las leyes de competencia, de privatización y *antidumping* en el Congreso Nacional 1989-93).

En ese sentido, mantuvieron una posición ambigua frente al paquete económico. Lo apoyaron y lo rechazaron simultáneamente.

En el fondo, este liderazgo buscó por todos los medios salvar su responsabilidad de lo que le estaba aconteciendo a Acción Democrática en el panorama nacional. Dicho en otras palabras, el liderazgo estatal de Acción Democrática, la tragedia de esta organización tiene su responsabilidad en la política económica iniciada por Carlos Andrés Pérez a partir de 1989.

En ese sentido, se desarrollará un enfoque distinto al tradicional sobre el significado y el alcance del liberalismo económico en el proceso histórico europeo del siglo XIX. Existe la creencia de que el liberalismo económico fue una realidad en la Europa occidental a lo largo del siglo XIX y parte del XX. La ilusión de esto persiste en millones de hombres en los actuales

¹ Carlos Canache Mata es la figura más significativa en tales apreciaciones. A lo largo de la prensa nacional ha escrito un conjunto de artículos cuestionando la conducta neoliberal de Carlos Andrés Pérez (El Nacional 1989-1993).

momentos. La razón estriba en la circunstancia de que está conmoviendo al estatismo en el marco mundial. Es decir, la crisis del modelo estatal está provocando en el mundo internacional una vuelta al mercado².

La conciencia estatista planetario tiene su expresión en la socialdemocracia europea y latinoamericana, gobiernos nacionalistas y populistas, gobiernos comunistas y socialistas. Esta conciencia utiliza el recurso de la historia económica europea del siglo XIX para rechazar las perversiones y consecuencias negativas que provocó la economía de mercado en la sociedad europea. Por tanto, considera que el socialismo utópico y científico, la posición social de la Iglesia ante el individualismo económico (1891), el desarrollo de la literatura social y romántica contra el capitalismo y la expansión del movimiento obrero contra las fuerzas del mercado, fueron factores políticos y sociales que cuestionaron los postulados del liberalismo económico.

Aún más, la Primera Guerra Mundial, la crisis económica del 29 y la Segunda Guerra Mundial refuerzan la vieja creencia decimonónica. El liderazgo estatista planetario utiliza tales circunstancias para justificar la existencia del supuesto liberalismo económico y poder cuestionarlo en los nuevos tiempos (1980-1996). Ante estas evidencias históricas, es difícil negar la existencia del liberalismo económico en el periodo señalado.

En ese sentido, se formulará una hipótesis que contribuya de alguna forma, a esclarecer el problema que se está analizando. El liberalismo económico, tal como fue concebido por los líderes políticos mundiales, no fue posible en el mundo de la realidad. En otras palabras, toda una literatura política hizo del liberalismo la fuerza perversa que más daño le ha hecho al hombre en el mundo capitalista.

² Ello es toda una creencia a escala universal. Las creencias no ameritan reflexión para ser revisadas o eliminadas.

Es posible que esta conjetura sea muy extrema, es decir, la de negar el liberalismo económico europeo. Pero su importancia radica en que nos abre la posibilidad de explorar el pasado en esa dimensión para constatarla con los hechos.

Lo primero en señalar es que en la historia económica moderna de Europa no hubo una separación entre el Estado y el mercado. El intervencionismo históricamente asumió las más diversas formas estatales para impulsar, desarrollar y fortalecer una economía mercantil. La transformación de una economía de valores de uso a una economía mercantil, fue el producto de la acción estatal. Es una ilusión creer que esto haya sido el fruto de las fuerzas espontáneas del mercado. Todo lo contrario, como diría Karl Marx, la acumulación originaria de capital fue el resultado de la violencia estatal (Marx, 1968; Polanyi, 1992 y Cipolla, 1979). Gramsci, en una oportunidad, decía que el Estado liberal no era más que una forma de intervencionismo para implantar los principios del mercado.

En otro orden de ideas, no hay una conexión simplista entre el liberalismo y el capitalismo. En sus orígenes, el liberalismo fue una respuesta teológica y filosófica al absolutismo religioso que había predominado en el medioevo. La Reforma religiosa fue la primera manifestación liberal en el plano de la conciencia. Es decir, interpretar la Biblia a la luz de la razón humana. La libertad religiosa expresaría la voluntad del hombre en un entorno natural sin la mediación de la divinidad. Por supuesto, sería absurdo negar las incidencias derivadas de la reforma religiosa en la economía en la etapa de la transición del feudalismo al capitalismo. Pero, la Reforma como tal, tuvo una dinámica propia y autónoma ante el fenómeno del mercado.

Por otro lado, no es fácil enlazar de manera mecánica el pensamiento político de Locke con una economía de mercado. Considerado como el padre del liberalismo político, su obra política es toda una fundación filosófica para derribar los cimientos teóricos de la monarquía absoluta, legitimada por la teoría "del Derecho Divino" de los reyes.

John Dunn en su libro *La teoría política de occidente ante el futuro*, señala al respecto:

En ninguna parte (...) proclama una plena adhesión moral al mercado (Dunn, 1981).

Más adelante, Dunn agrega un aspecto de mucha importancia para quienes deberían tomar en cuenta la siguiente reflexión de Locke, dado el grado de dogmatismo que hace, intolerables a los socialdemócratas:

Al vivir en la época en que vivía y como vivía, Locke necesariamente fue en parte un teórico político burgués; pero en cuanto a que fuera liberal, no lo era debido a su certidumbre moral respecto al mercado; tampoco hay la menor prueba, en absoluto, de que algunos de sus principales reclamos, tolerancia, racionalidad, derechos individuales y un modesto grado de empirismo, tengan algo que ver en forma directa con las instituciones específicas del capitalismo (Idem).

Es importante destacar que el liberalismo, tal como se concibió en Europa, debió haber sido resultado de una diversidad de factores, que respondió a las características socio-culturales de cada país. Su desarrollo, con seguridad, fue extremadamente desigual tanto en el plano teórico como en el plano en la praxis social (Reggiero, 1994). En otro marco de ideas, los padres del liberalismo clásico jamás aceptaron la visión simplista de un Estado mínimo. De una u otra forma, le asignaron al Estado determinadas funciones que no eran posibles bajo los mecanismos del mercado, como veremos más adelante.

Por eso, señalar a algunos dirigentes del partido Acción Democrática de tendencia neoliberal, como la manera de resucitar al viejo Adam Smith, no es más que una actitud tradicional por no captar el sentido de una nueva era histórica nacional.

Concebir la política económica del Presidente de la República, señor Carlos Andrés Pérez, como el camino para rescatar los ancestros del liberalismo económico, es quedarse con los esquemas tradicionales del dejar pasar, dejar hacer.

Hacer de Adam Smith el prototipo defensor a ultranza de los principios del dejar hacer y dejar pasar, es desconocer la importancia que le dio al Estado para asumir un papel determinado bajo ciertas circunstancias determinadas por el fenómeno del mercado.

Dos obras de gran significado destacan la importancia del pensador escocés: la teoría de los sentimientos morales (1759) y la investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones (1776). A partir de ambas obras, se extraerán algunas consideraciones que debieran ser tomadas en cuenta por el liderazgo estatista de Acción Democrática.

En primer lugar, el pensamiento de Adam Smith tiene sentido de globalidad. La moral, lo social, lo jurídico, y lo político son elementos que le darían soporte a una sociedad competitiva. Es decir, sólo es posible producir riqueza en función del bienestar general, si existe, por un lado, la responsabilidad individual con una actitud ética sobre la manera de cómo se han de percibir los beneficios. En ese sentido, fue duro contra los comerciante y fabricantes:

Nuestros comerciantes y los dueños de las fábricas se quejan mucho de los malos efectos de los salarios altos en el aumento de los precios, y la consiguiente disminución de las ventas de sus mercancías en el país y en el extranjero. No dicen nada sobre los malos efectos de las altas ganancias. Guardan silencio en relación con los efectos perniciosos de sus ganancias. Sólo se quejan de las utilidades de los otros (Himmelfarb, 1988).

Luego, añada con cierta ironía:

rara vez se juntan, ni aún para la alegría y la diversión, pero su conversación termina en una conspiración contra el público, o en estratagema para elevar los precios (Himmelfarb, 1988).

Y, por el otro, la configuración de una estructura jurídica y política que contribuyese a garantizar las condiciones de igualdad y de oportunidad para todos. Con esto se buscaba evitar el proceso de monopolización que constituía un peligro a las libertades políticas y económicas de los individuos.

En el esquema económico y político de Adam Smith no hay cabida para los monopolios. En fin, no se puede reducir la obra de Adam Smith al simplismo de oferta y demanda y de la mano invisible.

En segundo lugar, para Adam Smith tenía validez una sociedad competitiva si ello contribuiría a favorecer a los consumidores. Por lo demás, rechazaba la condición de pobreza de los trabajadores. A pesar de la importancia que le concedió en su obra magna a la división social del trabajo como un factor clave para incrementar la productividad y, en consecuencia, el crecimiento de la riqueza de una nación, estuvo consciente de los efectos negativos que tenía la misma en los trabajadores.

Por tanto, para él era vital que el Estado asumiera un grado de responsabilidad para amortiguar dichos efectos perniciosos mediante un plan educativo:

En el progreso de la división del trabajo, que emplea a la mayor parte de los que viven del trabajo, llega a limitarse a una cuantas operaciones muy simples, frecuentemente a una o dos. Esto degrada la actividad de su cuerpo, y lo vuelve incapaz de ejercer su fuerza, con vigor y perseverancia, en cualquier otro trabajo diferente para el que haya sido entrenado. Pero en toda sociedad civilizada y progresista este es el estado en que el trabajador pobre, esto es, el gran conjunto de la gente, cae necesariamente, a menos que el gobierno haga algún esfuerzo para impedirlo (Himmelfarb, 1988).

Es pertinente y de mucha agudeza la manera como se refería a la legislación cuando se trataba de patronos y obreros.

Cuando la legislatura intenta regular las diferencias entre los patronos y sus trabajadores, sus consejeros siempre son los patronos. Por ello cuando las leyes favorecen a los obreros, siempre es justo y equitativo, pero a veces sucede cuando favorecen a los patronos (Himmelfarb, 1988).

Al mismo tiempo, se oponía a que los banqueros asumieran la función de emitir dinero. Para él, tal función debería recaer en manos del Estado. De igual forma, se opuso a que se eliminasen los mecanismos legales que regulaban la usura (Himmelfarb, 1988).

Por tanto, Gertrude Himmelfarb destaca la importancia de Adam Smith como una figura no identificada plenamente con los mecanismos del mercado. Todo lo contrario, Adam Smith le asignó al Estado algunas funciones difíciles de ser realizadas por el mercado:

Si la economía política de Smith no era la doctrina moral, asociar, como a veces se pretende, tampoco era un *laissez faire* dogmático y riguroso como se cree. Su plan de educación sólo era uno de los varios ejemplos en que se apartaba de la estricta aplicación de *laissez faire*, y no involuntario sino deliberadamente. Lo hizo cuando propuso una ley que limitara la libertad de los banqueros para hacer billetes, y cuando abogó por que se conservara la ley contra la usura. También lo hizo cuando implícitamente apoyó la ley de los pobres (Himmelfarb 1988).

Finalmente, por razones morales y de filosofía social justificó y defendió aquellas leyes que favorecían a los pobres. Esto, desde luego, no significaba limosna desde una actitud eclesiástica; menos aún, paternalismo y clientelismo.

De acuerdo a estas reflexiones de Adam Smith, desarrolladas por Gertrude Himmelfarb, podríamos llegar a la siguiente conclusión: Adam Smith pareciera asumir un comportamiento estrictamente socialdemócrata. En ese sentido, Carlos Canache Mata, ideólogo importante de la socialdemocracia venezolana, debería reconocer la sensibilidad social de Adam Smith por los pobres. En otras palabras, Adam Smith se hubiese abismado por los auxilios financieros aprobados por la Fracción Parlamentaria de Acción Democrática para favorecer a los "indigentes" banqueros venezolanos.

Cuando se revisa la historia económica europea desde el siglo XVI hasta todo el siglo XIX, no es fácil encontrar un país donde exista un modelo puro de economía de mercado. Aún más, si analizamos el período que va de 1850 a 1889, la cuestión se torna más complicada con la presencia de un nuevo fenómeno en Europa: el imperialismo. En esta fase histórica, el papel del Estado es mucho más significativo en la economía (Hobsbawn, 1977). Lo cual no niega que esa intervención estatal no haya sido importante en la época anterior.

Las reflexiones del filósofo inglés Herbert Spencer son de interés para este liderazgo estatista que no tiene conciencia histórica sobre la problemática de la sociedad europea del siglo XIX. Para este filósofo, era difícil entender cómo el Partido Liberal Inglés, poco a poco, se fue transformando en un partido estatista. Es decir, en defensor del Estado benefactor. Aquella agrupación política que defendía los principios del mercado y de un Estado no interventor, fue adoptando una posición estatista frente a los problemas económicos y sociales de Inglaterra, para aquel entonces.

Su obra *El Individuo contra el Estado* es una evidencia de tal preocupación, En esa dirección, no dejó de señalar lo siguiente:

El liberalismo, va aumentando cada día su poder, se inclina a una legislación más coercitiva cada vez (...) se arroga (...) en mayor escala el derecho de dirigir las acciones de los ciudadanos restringiendo, por lo tanto, la esfera dentro de la cual son libres las acciones individuales (Spencer, 1881).

Por tanto, consideró que el liberalismo debía cumplir una función fundamental en el futuro: trazar los límites del poder parlamentario.

En todo caso, nos podemos dar cuenta del pasado cuando se trata de dar algunas interpretaciones sobre cualquier aspecto que se quiera estudiar. Se da por sentado y como una creencia el liberalismo en Europa. Precisamente, el Estado benefactor fue una realidad a lo largo del siglo XIX. En su desarrollo participaron los gobiernos conservadores y los movimientos sociales (Heyde, 1931).

Las reflexiones del filósofo español José Ortega y Gasset sobre el tema tienen un particular interés para nosotros. Parten de un supuesto vital: "El Estado es una necesidad congénita a toda sociedad". En consecuencia, para él, el liberalismo sería entonces una ficción histórica. Al mismo tiempo, argumentaba que todo aquel que proclamase la libertad económica, también

era factible que se restringiese, sin que por ello perdiese la condición de libertad.

No existe ninguna libertad concreta que las circunstancias no puedan un día hacer materialmente imposible; su anulación no significa pérdida de la libertad (Ortega y Gasset, 1956).

Vale decir, el Estado para él, no desaparece bajo ninguna circunstancia histórica.

El Estado es siempre y por esencia presión de la sociedad sobre los individuos que la integran. Consiste en imperio, mando, por tanto, coacción, y es un quieras o no. En tal sentido, podría decirse que el Estado es la antilibertad (Idem).

En otra faceta del problema, nos manifiesta de manera muy compleja, cómo liberalismo y democracia, ambos por naturaleza, son conceptos distintos.

Democracia y Liberalismo son dos respuestas a dos cuestiones de derecho político completamente distintas. La Democracia responde a esta pregunta: ¿Quién debe ejercer el poder público? La respuesta es: el ejercicio del poder público corresponde a la colectividad de los ciudadanos. Pero en esa pregunta no se habla en qué extensión deba tener el poder público. Se trata sólo de determinar el sujeto a quien el mando compete. La Democracia propone que mandemos todos; es decir: que todos intervengamos soberanamente en los hechos sociales. El liberalismo en cambio, responde a esta otra pregunta: ejerza quienquiera el poder público, ¿cuáles deben ser los límites de éste? La respuesta suena así: el poder público ejérzalo un autócrata o el pueblo, no puede ser absoluto, sino que las personas tienen derechos previos a toda injerencia del Estado. Es, pues, la tendencia a limitar la intervención del poder público (Idem).

En el marco de las paradojas, es precisamente, el empresario quien trata de rechazar los principios del mercado, por cuanto, en el fondo, busca la protección del Estado para que le garantice el nivel de ganancia. En otros términos, la intervención del Estado es vital para restringir la competencia y, de esa manera, evitar la caída de los beneficios. Una prueba de ello se puede observar en el gobierno de transición que presidió el Ramón J. Velázquez, 1993-1994. En esta transición se propiciaron un conjunto de medidas económicas para proteger al empresariado nacional.

Cuando el Estado promueve la apertura económica, el sector privado propicia un discurso nacionalista y patriótico para proteger, en esencia, sus intereses. Y con ellos toda la izquierda venezolana.

Para quienes se encuentran en un estado de perplejidad ante el auge del liberalismo en el ámbito planetario, y quieren negarle a la ciencia económica clásica su preocupación por la sensibilidad humana, es válida la reflexión del economista norteamericano, Robert Lekachman:

En sus mejores momentos, la economía ha conseguido ser respetada y ha influenciado los acontecimientos, porque sus practicantes más capaces se colocaban a sí mismos y sus sociedades en el medio del torrente de la historia. Dentro de la historia, luchaban con sensibilidad con los orígenes y perspectivas de instituciones contemporáneas. Aplicaban a sus investigaciones sus propias percepciones de cómo podrán organizarse los trabajos, la recreación y la política de una sociedad mejor (Lekachman, 1987).

Sobre Adam Smith decía lo siguiente:

Se justifica que se preste atención a Adam Smith, (...) quien desde luego fue un radical y no un reaccionario (...) su prosa pausada del siglo XVIII -emitía un perfume de compasión por los pobres y oprimidos en una época donde la sabiduría convencional del mercantilismo favorecía la pobreza como una ayuda a la grandeza nacional (Idem).

De igual modo, señala de manera acertada la forma de cómo Adam Smith constituye un peligro para quienes supuestamente sustentan las tesis del mercado.

En 1976, los herederos naturales de Adam Smith no son los presidentes de las empresas gigantescas que ante el público hablan con su retórica favorecedora de la libre competencia y que en privado por poco han conseguido borrarla de la faz de la tierra. Tampoco son los políticos conservadores que destinan todo su talento para debilitar las acciones legales de la legislación antimonopólica e incrementar las ventajas tributarias de los grandes empresarios. Ni tampoco lo son los economistas libre-mercadistas que a diario atacan al gran gobierno y semanalmente a los grandes sindicatos, pero que ni siquiera se atreven a tocar a los grandes empresarios (Idem).

En fin, para el empresario y el político, el mercado es peligroso y subversivo. El primero, no ve con buenos ojos el competir; y, el segundo, da gritos para ocultar sus privilegios y prebendas bajo el manto del poder estatal.

En consecuencia, la humanidad ha vivido de muchos mitos. Uno de ellos, ha sido la ficción liberal. Sobre esa corriente, se han configurado grandes movimientos políticos, que sobre sus hombros ha contribuido a profundizar aún más esta mentira histórica: el liberalismo económico.

Lo extraño y lo paradójico es que, tal vez, hoy por vez primera, el planeta se esté acercando al fenómeno liberal. Aquí cabría una nueva formulación sobre el problema: el liberalismo, supuestamente, hijo del siglo XVIII y XIX pareciera nacer sin pasado para regir los destinos de un nuevo milenio. En otras palabras, estamos presenciando la agonía y la muerte de una civilización estatista que data del nacimiento del capitalismo; y, el surgimiento de una civilización libertaria bajo los signos de la libertad individual y comunitaria. Más que el fin de la historia; estamos presenciando el inicio de una nueva etapa.

En consecuencia, abordar el problema de esta forma, resulta polémico y controversias. Es decir, imaginarse que el liberalismo económico fue una mentira histórica inventada por sus enemigos políticos y religiosos para justificar sus posiciones ante los movimientos sociales, es peligrosa, heterodoxo e irritable para quienes, por creerse sabios y eruditos, sostenían lo contrario.

En fin, la vieja creencia de que el liberalismo económico fue una realidad histórica para los europeos, es una ficción, un mito. En el fondo, el capitalismo desde sus orígenes hasta 1970 significó una profunda intervención del Estado en la economía capitalista. Es decir, todo un milenio de carácter estatista.. Ahora se abre un nuevo milenio con los signos liberales.

Insisto, más que el fin de la historia, es el inicio de un nuevo ciclo histórico planetario en la dimensión liberal.

En esa dirección, Acción Democrática. y las reflexiones del politólogo norteamericano Fukuyama, no se corresponden con la

realidad. En el caso de A. D., ésta se ha nutrido para la acción política, de esa ficción. En el de Fukuyama, el fin de la historia no podría significar la cristalización del fenómeno liberal. Todo lo contrario, podríamos estar presenciando el nacimiento del fenómeno liberal.

Es posible que esta hipótesis general sea muy heterodoxa; pero es preferible aceptar la idea popperiana de que toda teoría es por naturaleza conjetural. Es decir, lo empírico no es un valor para demostrar la verdad, sino para falsear. Lo que caracteriza a la teoría es su refutabilidad. En todo caso, asumir la postura de los escépticos griegos tiene un gran valor intelectual para los nuevos tiempos: la capacidad de dudar.

Bibliografía

- Cipolla, Carlos (1979): Historia **económica de Europa. La Revolución Industrial**. Editorial Ariel. Barcelona. Pp. 312-362.
- De Reggiero, Guido (1994): Historia **del liberalismo europeo**. Ediciones Pegaso. Madrid. Pp. 3-439.
- Dunn, John (1981): La teoría política de occidente ante el futuro Fondo de Cultura Económica. México. P. 85.

Rivas, Ramón: Revista Economía No. 13, 1997.177-190

Himmelfrab, Gertrude (1981): La idea de pobreza: Inglaterra a principios de la era industrial. Fondo de Cultura Económica. México. p. 63

Lekachman, Robert (1980): Jaque a los economistas. Fondo de Cultura Económica. México. p. 173.

Marx, Karl (1968): El **capital**. F.C.E. Tomo I. Buenos Aires. Pp. 607-658.

Ortega y Gasset, José (1956): Revista **Occidente**. Tomo IV. España. P. 406.

Polanyi, Karl (1992): La **gran transformación**. F.C.E. México. Pp. 74-85.

Spencer, Herbert (1985): El individuo contra el estado. Ed. Orbis. España. p. 13.